

central, más inexpugnable. Dos brigadas liberales, al subir, vacilaron un poco, pero bien pronto se repusieron, y tomaron el repecho, cual si les hubiesen puesto en entusiasmo concentrado y la viva fe alas en los pies. Un joven de los inspirados, de los clubistas, muchacho así de palabra como de acción, tomó para sí improvisada jefatura, y arengó á los tímidos, comunicándoles con su gesto y con su verbo los latidos de su corazón y los latidos de sus sienes que decidieron é impulsaron la victoria. Tras el joven, tras el estro, se presentó la ciencia, se presentó Dumouriez, quien, uniendo las dos brigadas dudosas con los resueltos ginetes comandados por el Duque de Chartres, el cual demostró soberano dominio sobre sí mismo, rehizo el centro todo con prontitud ayudando al general, y corrió, acompañado por éste, como un genio y numen verdaderamente militar, hacia la definitiva y total victoria. Así bien pronto se vió sobre los reductos más altos y más fuertes la bandera tricolor, amparando los vencedores liberales, que aclamaban la República como odiosa y como numen divino de sus grandiosos esfuerzos. Ya no hubo duda. Como en las Navas de Tolosa los soldados cristianos entonaron el *Te Deum* de la libertad, en los campos belgas entonaron las tropas francesas el triunfo verdadero de la Santa Cruz personificado en la libertad, en la igualdad, en la fraternidad cristianas de la Revolución y de la República. No obstante las reservas del supremo general, y las maniobras políticas del Duque de Chartres, y las innumerables traiciones de tantos como perjuraban en secreto la causa que defendían en público, la victoria fué toda para la República y para los republicanos. Decidiólo así Mons, entregando el más verde laurel á los más visos voluntarios. ¡Cuál campo de victoria! En él se recogieron los lauros de Salamina y de Platea, que crecen, como dijo el poeta, cuando lloran los tiranos. Valmy pudo ser una sorpresa producida por un cañoneo; Jemmapes fué ya una batalla en regla conseguida por el genio de la luz sobre los genios de las tinieblas. Así la inscribirán todos los tiempos y todos los pueblos en el altar sublime donde arde la llama central de libertad, tan indispensable á las sociedades, como el fuego central á la tierra. Michelet la llama con razón victoria madre, generando todas las victorias en el corazón de los soldados franceses. El gran aspecto moral de tamaño hecho se hallaba en que un pueblo vencía con su táctica nueva al viejo soldado de la táctica tradicional semejantes á cariátides y sobre cuyas cabezas descansara el absolutismo, especie de cautivos como las tallados por los cinceles romanos de la decadencia en los arcos triunfales. En verdad que allí la revolución quedó unguada con la sangre de sus mejores hijos; la democracia por tal modo victoriosa que ha podido retroceder en unas ocasiones, adelantar en otras, pero quedando á la postre como leva dura de toda vida en el siglo, como alma inmortal de toda verdadera sociedad en Europa y en América. El suelo aquel; sus escarpadas colinas tomadas á repecho en ascensión incalculable; sus reductos y fortalezas oponiendo resistencias indecibles; sus numerosos defensores, todos curtidos en las guerras tradicionales y todos acribillados de honrosas heridas revelan en

luminosa revelación, cómo el espíritu y sus ideales vencieron en tal punto del espacio, en tal instante del tiempo, á la materia y á la fuerza, cristalizándose luego en instituciones políticas y sociales de una duración y de una inmanencia que no serán desmentidas en el trascurso de las generaciones y de los siglos. Así como el triunfo de Maratón señala el predominio de Grecia sobre Asia, el triunfo de Jemmapes á su vez, señala el triunfo de la futura Europa republicana sobre los restos monárquicos de Asia redivivos en este nuestro continente, llamado por el cielo en lo futuro á la libertad y á la paz.

Mientras pasaba esto en el campo ¿qué pasaba en el Temple? La República se proclamó en fines de Septiembre por la Convención; y el Rey, al día siguiente, recibió en su calabozo una especie de junta, con encargo de arrancarle aquellas chucherías llamadas veneras é insignias reales, que fueron puestas en su cuna el día de su bautizo, y compañeras inseparables, tanto de su dignidad como de su vida. Si los simples mortales prestamos un precio tan subido á nonadas de familia; el rizo de unos cabellos amados; el joyel proveniente de un pecho predilecto; el recuerdo de la primera comunión, el premio de la escuela infantil; ¿cuál precio á sus veneras prestaría quien las enlazaba con el entronque muy estrecho entre siglos de siglos, y las veneraba como reliquias descendidas del cielo sobre la cabeza de su regia estirpe y sobre la diadema de su regia cabeza, reliquias transmisibles á sus hijos, de generación en generación, y conservables por toda una eternidad en divino vínculo, en celestial mayorazgo? Cualesquiera que sea el juicio nuestro sobre las instituciones, debemos compadecer á las personas representativas de aquellas por nosotros abominadas y abominables en sí mismas. ¡Cuán poco la voluntad personal de Luis XVI entró en el aquistamiento de aquella posición, por cuya existencia perdió la vida, y en la carga de aquel ministerio, parecido á un ministerio sobrenatural, á cuyo desempeño debía una tan horrible pasión y una tan desastrada muerte! Verdad que su oficio le trajo apercibidos muchos privilegios, superiores á los gozados por el resto de los mortales; pero verdad también que, con estos privilegios, heredó una copia y una intensidad enormes de desventuras, inaccesibles á nuestra inteligencia é inenarrables por nuestra palabra. Nadie puede saber, sino un Dios, cuánto á los inmortales cuesta caer de tan alto como su divinidad, y después de haber dirigido á los mortales, abismarse más abajo que todos ellos, y confundirse, al golpe de su desgracia, con las especies inferiores y bestias. Heine ha pintado por modo milagrosísimo esta situación de las divinidades destronadas, tan análoga con la situación de los Reyes depuestos, en sus elegías imperecederas, dirigidas al Olimpo antiguo, roto y deshecho. Manuel en persona, cada vez más cambiado, y á compasión por el Rey cada vez más movido, llevó la orden del despojo, baladí á primera vista, pues se trataba de pueriles bujerías; doloroso en realidad, porque tales bujerías pedazos eran vivos del corazón de un hombre. Mas, el fanatismo revolucionario hace encallecer por tal manera la conciencia y agotar la sensibilidad en los demagogos, que acudió Hebert, el céle-

bre libelista rojo, á gozarse, como una hiena, en las regias desgracias y á hociquear en las cruentas heridas. Mas, el Rey opuso con majestad á tan insanas curiosidades un frío estoicismo, tan bien disimulado, á pesar de muy mal sentido, que le aguló al malvado su fiesta. Sin gesto alguno de humillación, y menos de arrogancia; desfruncido el entrecejo y serena la mirada; tan poco extrañado, cual si todo lo temiese del destino adverso, abrió un volumen sobre la Historia del imperio romano, y leyó en voz baja, murmurando, como puede leer un buen sacerdote su viejo breviario, sin mirar al demagogo para nada. Si así estuvo el Rey en tal escena de su tragedia, imaginaos cómo estaría la Reina. Pudo Hebert atormentarla con su mirada burlona y su cruel sonrisa, en gestos continuos de un desacato sistemático; pero no pudo humillarla, porque, serena y magestuosa, ni siquiera extremó su altivez, extremo equivalente á notificar al protervo cómo había prestado atención á su persona y héchose cargo de su culpa. En esto las campanas tocaron á vuelo regocijadísimo; la guarnición del Temple se movió como á una parada; vibraron las armas en festivos alardeos; subieron de los patios á las alturas himnos acompañados por muy concertadas orquestas; y era todo ello la notificación pública de que la forma republicana se acababa de promulgar en el Parlamento, y de que Luis XVI había caído de su trono tradicional para siempre. No guardó la familia real ante tal proclamación la misma laudable continencia guardada con aplomo ante la intervención del demagogo Hebert. Abrió el Rey la ventana, y se puso á mirar, desde arriba, cómo abajo se convertían los antiguos súbditos suyos en libres ciudadanos franceses. Y tal temeridad le costó bien cara. La gente reunida en aquellos patios no se contentó con haber proclamado su libertad; revolviase contra el déspota, cuyas terribles argollas amarraran la cerviz del pueblo al trono. Varios gendarmes, ó cómpadecidos de la regia desgracia, ó incomodados por aquella desfachatez, muy semejante á una provocación de la imbecilidad á la rabia, gritaron á Luis que se retirara, y fueron en su comunicación, hasta el extremo de amenazarlo con las armas. La ventana del Temple se cerró á tal orden; y Luis XVI cayó en su prisión, á guisa de un muerto insepulto que cayera en su terrible sepultura. No había remedio posible: todo esto suscitaba el asunto de los asuntos, la terrible acusación del Monarca, preparada por unos partidos republicanos para desacreditar á los demás partidos republicanos, y en el fondo no querida por ninguno de los émulos. Suscitaba grandes cóleras contra sí la vieja Monarquía; el Rey no suscitaba ninguna. Su propia insignificancia preservábalo de toda odiosidad. Aquella glacial indiferencia, nativa en él, promovíale por todas partes indiferentes. Los mismos realistas no le querían, prefiriéndole cualquiera de sus hermanos, y dándole con la virilidad de su mujer en rostro, para ponerlo en ridículo, y con el ridículo martarlo antes que con la guillotina. Cada día más gordo, cada día más vulgar; en el rostro una indiferencia muy semejante á la estolidez; en el cuerpo una torpeza casi risible; con tópicos á granel y lugares comunes por toda palabra; reíanse de su persona las gentes, y no la odia-

ban. Quizás, de tener más enemigos, tuviera más amigos, como á la Reina le pasaba. Pero los revolucionarios odiaban en Luis XVI, no la persona por sí misma, la personificación del trono en toda su grandeza. Y creían que, para destruir la personificación, era preciso destruir también la persona.

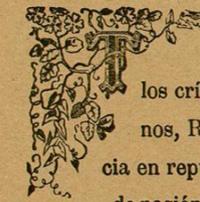
El combate mortal entre girondinos y jacobinos jamás tuvo tregua en este mes de Noviembre del noventa y dos, que ahora historiamos. Y, á fines de Noviembre, andaba la Gironda muy de capa caída. El marro en la triste acusación á Robespierre le acababa de restar mucha influencia. Se había visto claro que no la seguía por todas partes el centro; y, no siguiéndola por todas partes el centro, no contaba, como durante Setiembre y Octubre, mayoría cierta y segura dentro de la incierta é insegura Convención. Aunque las tristes acusaciones á Robespierre se habían engendrado en las inexpertas casa y familia de Roiand, su responsabilidad cogió á los girondinos todos, pues la omisión de un acto cuesta en política muchas veces tanto como su comisión. Todo se puede intentar en una batalla, menos cruzarse de brazos, y aparecer indiferentes. Y esta indiferencia de unos girondinos por lo que hacían otros girondinos, acusaba un fenómeno peor que todos los anteriormente notados; acusaba una división profundísima, inseparable compañera de irremisible flaqueza. Desde la unanimidad con que fué Pétion designado alcalde por todo París en Setiembre, hasta la pena que había costado designar al girondino Chambón, en fines de Noviembre, veíase una escala gradual de verdadero descenso en el poder girondino, que amenazaba mucho á esta escuela en la Convención y en el gobierno. Sólo faltaba que la Montaña suscitase á la Gironda el proceso de Luis XVI para perderla. Y lo suscitó en seguida; pues, suscitándolo, no sólo desacreditaba sin remedio á sus rivales, ponía de manifiesto sus irremediables divisiones y su irremisible debilidad. En todas las escuelas hay centro, derecha, izquierda. Todos los partidos se componen de temperamentos templados y temperamentos exageradísimos. La izquierda del partido girondino quería el proceso; lo repugnaba la derecha. Parecía á los templados un acto inútil de cruel violencia; mientras á los exaltadísimos les parecía un acto de justicia. Siquier fuesen menos, los jacobinos estaban acordes; siquier fuesen más, estaban desacordes los girondinos. No había remedio; esta división acusaba una gran debilidad; y esta gran debilidad era como precursora de una próxima muerte. Parecía que, tras un hecho como la victoria conseguida en Flandes por las tropas republicanas, solamente había lugar en el corazón de París á expansiones y regocijos, bien ajenos de las penas y de las venganzas. Pues, por aquellos días, se descolgó el girondino Valazé con un informe inoportuno sobre la terrible acusación al Rey; muy poco sentido informe, y, por poco sentido, tan declamatorio como hueco. Mas, en el mismo acto éste de complacencia con la izquierda, notábase cómo Valazé ponía de relieve la peor laca de que puedan dar muestra los partidos militantes; su incertidumbre y su perplejidad. Valazé, con retórica un poco hinchada, encarecía todos los extremos

de su acusación; pero diciendo que no era osado á pronunciarse por pena ninguna, y eludía la pena de muerte. No podía faltar á esta culpa de la Gironda el contraste de la Montaña. Frente á una perplejidad hondísima, una grande afirmación, cruel de toda crueldad, pero fuerte de toda fuerza. Mashe afirmaba en su informe la culpabilidad del Rey, sin reservas, declarándole justiciable, y justiciable por la Convención. Ya estaba despedida la manzana de aquella discordia. Ya los partidos republicanos debían parecerse á esas alimañas feroces, caídas de un salto sobre su presa, disputándose sus despojos. La persona de Luis XVI aparecía como un cadáver, cuyos miembros fríos trucidaban las pasiones de partido con dientes y con garras para que les sirviesen de título á la influencia y al predominio propios. Y hay que decirlo en justicia: no les importaba tanto magullar y repartirse á Luis XVI magullado y maltrecho, como asestarse unos á otros sendos golpes mortales en sus respectivas cabezas. Aquel pobre Monarca, humilde como un mayordomo de su propio palacio; padre de familia sin tacha; esposo tanto más rendido cuanto menos amado; económico, á guisa de buen industrial y mercader parisién; de una miopía que quitaba toda expresión á sus ojos; de un desmadejamiento que lo ponía en ridículo á cada paso; pálido al aire de su cárcel; triste sin desesperación; indiferente sin frialdad; creyendo en el derecho y en el Dios de sus padres: víctima ciega del destino, que le había legado una infinidad de crímenes y errores, en los cuales no tenía culpa de ningún género; pues, aunque su proceder personal fuese culpado, y mucho, merecía un poco menos de rigor, un poco más de misericordia, siquier fuese reo de la implacable justicia.



CAPÍTULO SÉPTIMO

Promoción del proceso de Luis XVI por la terrible lucha entre los partidos republicanos.



ODAS las dificultades propias del movimiento republicano en este período, hubieran podido ser superadas, y todos los errores, como todos los crímenes, conjurados, si llegan á entenderse, no ya jacobinos con girondinos, Roland ó Vergniaud con el gran estadista Dantón. Imposible la indiferencia en república ninguno ante un problema, surgido tan á deshora y con tan grande pasión precipitado, como la muerte inmediata del Rey. Entre los locos y los cobardes habían traído aquel convidado de piedra verdadero al festín de la libertad, iluminado por las victorias de Jemmapes y de Valmy, bendecido por el popular *Te Deum* de la Marsellesa. ¿Por qué no entenderse dantonianos y girondinos para prolongar un período de regocijo y detener el advenimiento de un período de odios? La sombra, que avanzaba sobre la frente de Dantón, avanzaba sobre la frente de Vergniaud, el alma de Robespierre. No había otro peligro que conjurar; no había otra dictadura que temer. Pero el estoicismo implacable del severísimo Roland, junto con el orgullo femenil de su exaltada mujer, determinaron en aquel minuto la más importuna entre cuantas cuestiones podían suscitarse, la cuestión de cuentas. Dantón por su temperamento intelectual no sabía escribir ni contar. Odiando los libros de ciencia el combatiente, imaginaos como desdeñaría los libros de caja. No se contaba un solo girondino de importancia que repugnase aprobar cuentas, de un ministerio como el activo de Dantón, cuentas extendidas entre la batalla del diez de Agosto y la batalla del gloriosísimo Jemmapes. Sólo Roland, movido de su mujer, se resistió á sancionar los dispendios dantonianos, y resistiéndose, resistióse también á la con-